

Jacques Lacan

**Seminario 9
1961-1962**

LA IDENTIFICACIÓN

(Versión Crítica)

7

Miércoles 10 de ENERO de 1962¹

Nunca tuve menos ganas de hacer mi seminario... No tengo tiempo para profundizar... a causa de qué, sin embargo... muchas cosas para decir... Hay momentos de desaliento, de lasitud...

Volvamos a evocar lo que dije la última vez, aunque más no sea para ponernos en marcha. Les hablé del nombre propio, en tanto que lo encontramos en nuestro camino de la identificación del sujeto, se-

¹ Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 9 de Jacques Lacan, *L'identification*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 7ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

gundo tipo de la identificación, regresiva, al trazo {*trait*} unario del Otro.² A propósito de este nombre propio, encontramos la atención que ya ha solicitado de algunos lingüistas y matemáticos en función de filosofar.³

¿Qué es el nombre propio?

Parece que la cosa no se entrega al primer examen, pero, tratando de resolver esta cuestión, tuvimos la sorpresa de volver a encontrar la función del significante, sin duda en estado puro. Era precisamente en este camino que el propio lingüista nos dirigía cuando nos decía: un nombre propio, es algo que vale por la función distintiva de su material sonoro.

Con lo cual, desde luego, no hacía más que redoblar lo que es premisa misma del análisis saussuriano del lenguaje: a saber, que esto es el rasgo distintivo, es el fonema como acoplado en un conjunto, en cierta batería, en tanto únicamente que no es lo que son los otros. Esta premisa, la encontrábamos aquí debiendo designar lo que era el rasgo especial, el uso de una función del sujeto en el lenguaje: la de nombrar por su nombre propio.

Es cierto que no podíamos contentarnos con esta definición como tal, sino que estábamos por eso puestos en la pista de algo, y a este algo al menos pudimos aproximarle, circunscribirlo al designar esto que es, si podemos decir, bajo una forma latente en el lenguaje mismo, la función de la escritura, la función del signo en tanto que él mismo se lee como un objeto.

Es un hecho que las letras tienen nombres. Tenemos demasiada tendencia a confundirlas, para los nombres simplificados que ellas tienen en nuestro alfabeto que parecen confundirse con la emisión fonemática a la que la letra ha sido reducida. Una *a* parece querer decir la emisión “a”. Una *b* no es, hablando con propiedad, una “be”: no es

² *trait* es tanto *trazo* como *rasgo*, y traduciré de una u otra manera según el contexto.

³ Sir Allan Gardiner, Bertrand Russell, etc... *Cf.* la clase anterior del Seminario, y las referencias bibliográficas correspondientes.




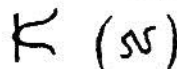
una “be” más que en tanto que para que la consonante *b* se haga oír, es preciso que ella se apoye sobre una emisión vocálica.

Miremos las cosas de más cerca: veremos por ejemplo que en griego, *alfa*, *beta*, *gamma* y lo que sigue son verdaderamente nombres, y, lo que es sorprendente, nombres que no tienen ningún sentido en la lengua griega en la que se formulan. Para comprenderlos, es preciso darse cuenta de que reproducen los nombres correspondientes a las letras del alfabeto fenicio, de un alfabeto protosemítico,⁴ alfabeto tal como podemos reconstituirlo por cierto número de pisos, de estratos de las inscripciones. Nosotros volvemos a encontrar sus formas significantes: estos nombres tienen un sentido en la lengua, sea fenicia textual, sea tal como podemos reconstruirla, a esta lengua protosemítica de donde habría derivado un cierto número — no insisto sobre su detalle — de los lenguajes a cuya evolución está estrechamente ligada la primera aparición de la escritura.

Aquí, es un hecho que es importante al menos que venga al primer plano que el nombre mismo de la *aleph* [Alf] {er anu agnet {relación con el buey, cuya cabeza presuntamente la primera forma de la *aleph* reproduciría de una forma esquematizada en diversas posiciones.⁵ De esto todavía queda algo: todavía podemos ver en nuestra **A** mayúscula la forma de un cráneo de buey invertido con los cuernos que lo prolongan. Igualmente, todos sabemos que la *beth* {ב} es el nombre de la casa. Desde luego, la discusión se complica, incluso se ensombrece, cuando intentamos hacer un inventario, un catálogo de lo que designa el nombre de la serie de las otras letras. Cuando llegamos a la *gimel* [Gaml] {ג}, estamos más que tentados de encontrar allí el nombre árabe del camello, pero desafortunadamente hay un obstáculo de tiempo: es aproximadamente en el segundo milenio anterior a nuestra era que esos alfabetos protosemíticos podían estar en condiciones

⁴ J. G. FÉVRIER, *Histoire de l'écriture*, Payot, 1948. Cf. especialmente “los nombres y las formas de las letras fenicias”, pp. 224 y ss.

⁵ J. G. FÉVRIER, *op. cit.*, cuadro comparativo p. 198, fig. 53:

<i>Protosinaïtique</i>	<i>Protophénicien</i>	<i>Phénicien archaïque</i>	
			 (ss)

de connotar ese nombre de la tercera letra del alfabeto. El camello, desafortunadamente para que nos contentemos con eso, todavía no había hecho su aparición en el uso cultural del transporte, en esas regiones del Cercano Oriente.

Se va a entrar, por lo tanto, en una serie de discusiones sobre lo que precisamente puede presentar este nombre, *gimel*. *{Aquí, Lacan hace un desarrollo sobre la terciaridad consonántica de las lenguas semíticas y sobre la permanencia de esta forma en la base de toda forma verbal en el hebreo.}*⁶ Es una de las huellas por donde podemos ver que de lo que se trata, en lo que concierne a una de las raíces de la estructura donde se constituye el lenguaje, es algo que se denomina ante todo *lectura de los signos*, en tanto que ellos ya aparecen, antes de todo uso de escritura — se los he señalado al terminar la última vez — de una manera sorprendente, de una manera que parece anticipar — si la cosa debe ser admitida — en alrededor de un milenio, el uso de los mismos signos en los alfabetos que son los alfabetos más corrientes, que son los antepasados directos del nuestro, alfabetos latino, etrusco, etc..., los cuales se encuentran, por la más extraordinaria *mimicry* de la historia,⁷ bajo una forma idéntica en las marcas sobre las alfarerías predinásticas del antiguo Egipto. Son los mismos signos, aunque está fuera de cuestión que hayan podido en ese momento ser de ninguna manera empleados para usos alfabéticos, dado que la escritura alfabética en ese momento estaba lejos de haber nacido.⁸

Ustedes saben que, antes todavía, hice alusión a esos famosos guijarros del Mas d'Azil, que no son poca cosa entre los hallazgos hechos a este respecto, al punto de que al final del paleolítico un estadio es designado con el término de aziliense, por el hecho de que se relaciona con lo que podemos definir el punto de evolución técnica del mismo, al final de ese paleolítico, en el período no, hablando con propiedad, transicional, sino pre-transicional del paleo al neolítico.

⁶ El fragmento entre llaves reconstruye sendos párrafos de **AFI**, **STF** y **ROU**.

⁷ *mimicry*: palabra inglesa que remite a “mímica”, “bufonería”, “remedo”.

⁸ Véase nuestro **Anexo 1** a esta clase del Seminario.

Sobre esos guijarros del Mas d'Azil encontramos signos análogos, cuya sorprendente extrañeza, al parecerse tanto a los signos de nuestro alfabeto, ha podido desviar, ustedes lo saben, a algunos espíritus que no eran especialmente mediocres, hacia todo tipo de especulaciones que no podían conducir más que a la confusión, incluso al ridículo.

Queda sin embargo que la presencia de esos elementos está ahí para hacernos palpar algo que se propone como radical en lo que podemos llamar el vínculo del lenguaje con lo real. Desde luego, problema que no se plantea más que en tanto que hemos podido ver primero la necesidad, para comprender el lenguaje, de ordenarlo por medio de lo que podemos llamar *una referencia a sí mismo*, a su propia estructura como tal, lo que ante todo nos ha planteado lo que casi podemos llamar su sistema como algo que de ninguna manera se basta con una génesis puramente utilitaria, instrumental, práctica, con una génesis psicológica, lo que nos muestra al lenguaje como un orden, un registro, una función de la que es toda nuestra problemática que tenemos que verla como capaz de funcionar fuera de toda conciencia por parte del sujeto, y cuyo campo nos vemos llevados a definir como tal como estando caracterizado por valores estructurales que le son propios.

En consecuencia, es preciso, para nosotros, establecer la confluencia de su funcionamiento con algo que lleva, en lo real, su marca. ¿De dónde viene la marca? ¿Es ella centrífuga o centrípeta? Es ahí, alrededor de este problema, que estamos por el momento, no detenidos, sino en una pausa.

Entonces, es en tanto que el sujeto, a propósito de algo que es marca, que es signo, lee ya antes de que se trate de los signos de la escritura, que se percata de que unos signos pueden llevar, dado el caso, algunos fragmentos diversamente reducidos, recortados de su modulación hablante, y que, invirtiendo su función, pueden ser admitidos para ser a continuación, como tal, su *soporte fonético*, como se dice.

Y ustedes saben que es así que, de hecho, nace la escritura fonética: *que no hay ninguna escritura en su conocimiento*⁹... más exac-

⁹ *Fuera de la escritura fonética no hay ningún conocimiento* — a propósito de esta variante textual, ROU proporciona la siguiente nota: "...lo que es absurdo,

tamente: que todo lo que es del orden, hablando con propiedad, de la escritura, y no simplemente de un dibujo, es algo que comienza siempre con el uso combinado de esos dibujos simplificados, de esos dibujos abreviados, de esos dibujos borrados que se denominan con diversa impropiidad, *ideogramas* en particular.



Según Champollion, *Principios generales de la escritura sagrada egipcia*, Institut d'Orient, 1984.



m



La combinación de estos dibujos con un uso fonético de los mismos signos que parecen representar algo, la combinación de los dos aparece, por ejemplo, evidente en los jeroglíficos egipcios. Por otra parte, podríamos, si nos limitáramos a mirar una inscripción jeroglífica, creer que los egipcios no tenían otros objetos de interés que el bagaje, finalmente limitado, de un cierto número de animales, de un número enorme, de un número de pájaros a decir verdad sorprendente para la incidencia bajo la cual efectivamente pueden intervenir los pájaros en las inscripciones que tienen necesidad de ser conmemoradas, de un número sin duda abundante de formas instrumentales agrarias y otras, de algunos signos también que, desde siempre, han sido sin duda útiles bajo su forma simplificada: el trazo unario ante todo, la barra, la cruz de la multiplicación, que por otra parte no designan las operaciones que fueron vinculadas a continuación con estos signos, pero, en

desde luego (puesto que es un conocimiento, el de los signos, el que permite la invención de la escritura), pero arroja no obstante una luz sobre el texto que a partir de ahí puede entenderse: el sujeto no tiene todavía escritura para escribir su conocimiento. Le será necesario, para eso, inventar la escritura fonética”. — Salvo casos cuya fuente indicaré en su lugar, tomo como fuente-guía de este establecimiento y traducción las versiones que nombro **ROU** y **STF**, limitándome a señalar sólo las variantes más significativas, sea por su sentido y/o valor conceptual, sea por lo indicativas de las dificultades del establecimiento de un texto aceptablemente confiable.

fin, en el conjunto, es totalmente evidente, a primera vista, que el bagaje de dibujos que está en juego no tiene proporción, congruencia, con la diversidad efectiva de los objetos que podrían ser válidamente evocados en unas inscripciones duraderas.

Igualmente, lo que ustedes ven, lo que yo trato de designarles, y que es importante designar al pasar para disipar las confusiones de aquellos que no tienen tiempo para ir a mirar las cosas de más cerca, es que, por ejemplo: la figura de un búho {*gran duc*}, de un búho {*hibou*}, para tomar una forma de un pájaro nocturno particularmente bien dibujada, localizable en las inscripciones clásicas sobre piedra, la veremos volver extremadamente a menudo, ¿y por qué? Ciertamente, no es que se trate nunca de este animal, es que el nombre común de este animal en el lenguaje egipcio antiguo puede ser la ocasión de un soporte para la emisión labial *m* y que cada vez que ustedes ven esta figura animal, se trata de una *m* y de nada más, la cual *m*, por otra parte, lejos de estar representada bajo su valor solamente literal cada vez que ustedes encuentran esta figura del mencionado búho, es susceptible de algo que se hace más o menos así.¹⁰

La *m* significará más de una cosa, y en particular... lo que no podemos, no más en esta letra que en la lengua hebraica, cuando no tenemos el agregado de los puntos vocales, cuando no estamos muy fijados sobre los soportes vocálicos, no sabremos cómo exactamente se completa esta *m*, pero en todo caso sabemos al respecto ampliamente lo suficiente, según lo que podemos reconstruir de la sintaxis, para saber que esta *m* puede también representar cierta función, que es aproximadamente una función introductoria del tipo *vea*, una función de fijación atencional, si podemos decir, un *he aquí*, o incluso, en otros casos en los que muy probablemente debía distinguirse por su apoyo vocálico, representar una de las formas, no de la negación, sino de algo que hay que precisar, con un acento mayor, del verbo negativo, de algo que aísla la negación bajo una forma verbal, bajo una forma conjugable, bajo una forma, no simplemente *ne*,¹¹ sino de algo como *está*

¹⁰ Cf. la página anterior, la figura del medio.

¹¹ El lector se remitirá a la diferencia que recuerda Lacan, en la clase 2 de este Seminario, entre las dos formas de la negación en francés, la discordancial y la forclusiva, y las notas con que acompañamos sus referencias a este *ne* llamado exple-

dicho que no. En resumen, que es un tiempo particular de un verbo que nosotros conocemos, que es por cierto negativo, o incluso más exactamente una forma particular en dos verbos negativos: el verbo *ímí* por una parte, que parece querer decir *no ser*, y el verbo *tm* por otra parte, que indicaría más especialmente la no-existencia efectiva.¹²

Esto es decirles, a este respecto, e introduciendo a este respecto de una manera anticipante su función, que no es por azar que aquello ante lo cual nos encontramos al adelantarnos en esta vía, es la relación que aquí se encarna, se manifiesta inmediatamente, de la coalescencia más primitiva del significante con algo que inmediatamente plantea la cuestión de lo que es la negación, de qué está ella más cerca.

¿Acaso la negación es simplemente una connotación, que por lo tanto se propone sin embargo como: de la cuestión, del momento en que, por relación a la existencia, al ejercicio, a la constitución de una cadena significativa, se introduce allí una suerte de índice, de sigla sobreañadida, de *palabra utensilio* {*mot outil*}, como uno se expresa, que debería por lo tanto ser siempre concebida como una suerte de invención segunda sostenida por las necesidades de la utilización de algo que se sitúa a diversos niveles? A nivel de la respuesta, lo que está puesto en cuestión por la interrogación significativa, *eso no está allí*, ¿acaso es a nivel de la respuesta que ese “¿no es?” parece precisamente manifestarse en el lenguaje como la posibilidad de la emisión pura de la negación *no* {*non*}?¹³

¿Acaso es, por otra parte, en la marca de las relaciones que la negación se impone, es sugerida, por la necesidad de la disyunción: *tal cosa no es si tal otra es, o no podría ser con tal otra*, en resumen, el instrumento de la negación? Nosotros lo sabemos, por cierto, no menos que otros.¹⁴

tivo por quienes, Lacan *dixit*, “no comprenden nada”. Por lo demás, Lacan volverá sobre esto en la próxima clase del Seminario.

¹² Cf. la página 6, la figura de la derecha.

¹³ Al margen, **ROU** remite a la “dialéctica mensaje-pregunta”, tal como Lacan la desarrollará el 21 de Marzo de 1962, en la clase 14 de este Seminario.

¹⁴ La dificultad del establecimiento de este pasaje, lleva a **ROU** a preguntarse en nota: “1/ ¿la negación como connotación de la pregunta {*question*}?, 2/ ¿la negación

Pero si, para lo que es por lo tanto propio de la génesis del lenguaje, estamos reducidos a hacer del significante algo que debe poco a poco elaborarse a partir del signo emocional, el problema de la negación es algo que se plantea como el de, hablando con propiedad, un salto, incluso un impase.

Si, haciendo del significante algo muy diferente...

algo cuya génesis es problemática, nos lleva al nivel de una interrogación sobre cierta relación existencial, la que como tal ya se sitúa en una referencia de negatividad,

... el modo bajo el cual la negación aparece, bajo el cual el significante de una negatividad efectiva y vivida puede surgir, es algo que toma un interés muy diferente, y que en consecuencia no es por azar que sea de una naturaleza como para esclarecernos, cuando vemos que, desde las primeras problemáticas, la estructuración del lenguaje se identifica, si podemos decir, a la localización de la primera conjugación de una emisión vocal con un signo como tal, es decir, con algo que ya se refiere a una primera manipulación del objeto.

Nosotros la habíamos llamado simplificadora cuando se trató de definir la génesis del trazo. ¿Qué hay más destruido, más borrado que un objeto? Si es del objeto que el trazo surge, es algo del objeto que el trazo retiene, justamente: su unicidad.

El borramiento, la destrucción absoluta de todas sus otras emergencias, de todas sus otras prolongaciones, de todos sus otros apéndices, de todo lo que puede haber de ramificado, de palpitante, ¡y bien!, esa relación del objeto con el nacimiento de algo que se llama aquí el signo, en tanto que nos interesa en el nacimiento del significante, es precisamente alrededor de eso que estamos detenidos, y alrededor de eso que no carece de promesa que hayamos hecho, si se puede decir, un descubrimiento, pues creo que lo es: esta indicación de que hay, digamos, en un tiempo, un tiempo localizable, históricamente definido, un momento en el que algo está ahí ya para ser leído, leído con el lenguaje, cuando no hay escritura todavía. Es por la inversión de esta relación, y de esta relación de lectura del signo, que puede nacer a conti-

ción como instrumento, marca de las relaciones necesitadas de la disyunción?”, como lo que se desprende de la variante textual aceptada y de las rechazadas.

nuación la escritura en tanto que ésta puede servir para connotar la fonematización.

Pero si aparece a este nivel que justamente el nombre propio, en tanto que específica, que identifica como tal el enraizamiento del sujeto, está más especialmente ligado que otro, no a la fonematización como tal, a la estructura del lenguaje, sino a lo que ya en el lenguaje está preparado, si podemos decir, para recibir esta información del trazo; si el nombre propio lleva todavía, hasta para nosotros y en nuestro uso, la huella de esto bajo esta forma de que de un lenguaje al otro no se traduce, puesto que se transpone simplemente, se transfiere...

y ahí está precisamente su característica: yo me llamo Lacan en todas las lenguas, y ustedes también lo mismo, cada uno por su nombre. No hay ahí un hecho contingente, un hecho de limitación, de impotencia, un hecho de contrasentido, puesto que, al contrario, es aquí que yace, que reside la propiedad tan particular del nombre, del nombre propio en la significación,

... ¿acaso esto no está hecho para hacernos interrogar sobre lo que pasa en ese punto radical, arcaico, que nos es preciso de toda necesidad suponer en el origen del inconsciente?, es decir, de algo por lo cual, en tanto que el sujeto habla, no puede hacer más que adelantarse siempre más en la cadena, en el desarrollo de los enunciados, pero que, dirigiéndose hacia los enunciados, por este hecho mismo, en la enunciación elide algo que es, hablando con propiedad, lo que él no puede saber, a saber: el nombre de lo que él es en tanto que sujeto de la enunciación.

En el acto de la enunciación está esta nominación latente que es concebible como siendo el primer núcleo, como significante, de lo que a continuación va a organizarse como cadena giratoria, tal como se las he representado desde siempre, de ese centro, ese corazón hablante del sujeto que llamamos el *inconsciente*.¹⁵

Aquí, antes de que sigamos más adelante, creo deber indicar algo que no es más que la convergencia, la punta de una temática que

¹⁵ La nota de ROU remite en este punto al Seminario 1 de Lacan, *Los escritos técnicos de Freud*, particularmente a sus clases 12, del 7 de Abril de 1954, y 13, del 5 de Mayo de 1954, y a su Seminario 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, clase 7, del 19 de Enero de 1955.

Por otra parte, lo señalo con satisfacción al pasar, no es ciertamente el menor efecto que yo pueda esperar del esfuerzo de rigor al que los arrastro, que me impongo a mí mismo para ustedes aquí, y que los que me escuchan, los que me entienden, llevan ellos mismos a un grado susceptible incluso, dado el caso, de ir más lejos, ¡y bien!, en su muy notable texto publicado en *Les Temps Modernes* sobre el tema del inconsciente, Laplanche y Leclaire — por el momento no distingo la parte de cada uno de ellos en este trabajo — se interrogan sobre qué ambigüedad permanece en la enunciación freudiana, en lo concerniente a lo que sucede cuando podemos hablar del pasaje de algo que estaba en el inconsciente y que va al preconscious. ¿Esto equivale a decir que no se trata más que de un cambio de investidura, como ellos formulan muy justamente la cuestión, o bien es que hay doble inscripción? Los autores no disimulan su preferencia por la doble inscripción, nos lo indican en su texto.¹⁸

... Ese es sin embargo un problema que el texto deja abierto y al que, sobre todo, aquello de lo que nos ocuparemos nos permitirá este año aportarle quizá alguna respuesta, o al menos alguna precisión.

¹⁸ Jean LAPLANCHE y Serge LECLAIRE, «L'inconscient: une étude psychanalytique», *Les Temps Modernes*, nº 183, juillet 1961, y luego en *L'inconscient, textes du VI^e colloque de Bonneval*, paru sous la direction de H. Ey, Desclée de Brouwer, 1966. Hay dos versiones castellanas: «El inconsciente: un estudio psicoanalítico», en *El inconsciente (coloquio de Bonneval)*, bajo la dirección de Henry Ey, Siglo Veintiuno Editores, México, 1970, y en AA.VV., *El inconsciente freudiano y el psicoanálisis francés contemporáneo*, selección de Oscar Masotta, Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 1969. En el futuro Lacan se referirá a este texto, y en particular a la parte que le cupo en él a Laplanche, de una manera cada vez más crítica, en la medida en que las tesis de éste invierten completamente dos de las esenciales para Lacan: que el significante no puede significarse a sí mismo, y que el lenguaje es la condición del inconsciente. Cf. por ejemplo, sus escritos: «Posición del inconsciente» (redacción definitiva de la intervención de Lacan en dicho coloquio de Bonneval como respuesta al texto de sus alumnos) y «La ciencia y la verdad», en *Escritos 2*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1985, pp. 813 y 843 respectivamente; la clase del 17 de Junio de 1964 de su Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (Paidós, p. 257); la clase del 16 de Noviembre de 1966, 1^a de su Seminario 14, *La lógica del fantasma*; lo que se conoce como su *Discurso de Baltimore*, de octubre de 1966 (*Lacan Oral*, Xavier Bóveda Ediciones, Buenos Aires, 1983); su *Prólogo* al libro de Anika RIFFLET-LEMAIRE, *Lacan*, EDHASA, Barcelona, 1971; etc...

Yo quisiera, de manera introductoria, sugerirles lo siguiente: que si debemos considerar que, el inconsciente, es ese lugar del sujeto donde ello habla, con esto llegamos ahora a abordar este punto en el que podemos decir que algo, en lo insabido {à l'insu} del sujeto, está profundamente retrabajado por los efectos de retroacción del significante implicado en la palabra. Es en tanto, y para la menor de sus palabras, que el sujeto habla, que no puede hacer más que como siempre, nombrarse una vez más sin saberlo, y sin saber con qué nombre.

¿Es que no podemos ver que, para situar en sus relaciones al inconsciente y el preconscious, el límite para nosotros no debe situarse ante todo en alguna parte en el interior, como se dice, de un sujeto que simplemente no sería más que el equivalente de lo que se llama, en sentido amplio, lo *psíquico*?

El sujeto del que se trata para nosotros, y sobre todo si tratamos de articularlo como el sujeto inconsciente, comporta otra constitución de la frontera: lo que forma parte del preconscious, en tanto que lo que nos interesa en el preconscious es el lenguaje, el lenguaje tal como efectivamente, no solamente lo vemos, lo oímos hablar, sino tal como escande, articula nuestros pensamientos.

Todos sabemos que los pensamientos de los que se trata a nivel del inconsciente, incluso si yo digo que están estructurados como un lenguaje, desde luego es en tanto que están estructurados en último término y a cierto nivel como un lenguaje que nos interesan, pero lo primero a constatar, es que a esos pensamientos de los que hablamos, no es fácil hacerlos expresarse en el lenguaje común. De lo que se trata, es de ver que el lenguaje articulado del discurso común, por relación al sujeto del inconsciente en tanto que éste nos interesa, está en el exterior. Un exterior que reúne en él lo que llamamos nuestros pensamientos íntimos, y ese lenguaje que corre en el exterior, no de una manera inmaterial, puesto que sabemos bien...

porque toda clase de cosas están ahí para representárnoslo: sabemos lo que quizá no sabían las culturas donde todo transcurre en el soplo de la palabra, nosotros, que tenemos ante nosotros kilos de lenguaje, y que sabemos, además, inscribir la palabra más fugitiva en unos discos,

... sabemos bien que lo que es hablado, el discurso efectivo, el discurso preconscious, es enteramente homogeneizable como algo

que se sostiene en el exterior. El lenguaje, en sustancia, está en todas partes, y ahí, efectivamente, hay una inscripción: sobre una banda magnética si es necesario. El problema de lo que sucede cuando el inconsciente viene allí a hacerse escuchar es el problema del límite entre este inconsciente y ese preconsciente.

Este límite, ¿cómo tenemos que verlo? Este es el problema que, por el momento, voy a dejar abierto. Pero lo que podemos en esta ocasión indicar, es que al pasar del inconsciente al preconsciente, lo que se ha constituido en el inconsciente encuentra un discurso ya existente, si podemos decir, un juego de signos en libertad, no solamente interfiriendo con las cosas de lo real, sino, podemos decir, *estrictamente*, como un micelio tejido en su intervalo.

Igualmente, ¿no está ahí la verdadera razón de lo que podemos llamar la fascinación, el embrollo idealista en la experiencia filosófica? Si el hombre percibe, o cree percibir, que nunca tiene más que *ideas* de las cosas, es decir que, de las cosas, él no conoce finalmente más que las *ideas*, esto es justamente porque ya en el mundo de las cosas este empaquetamiento en un universo del discurso es algo que no es absolutamente desembrollable. El preconsciente, para decirlo de una vez, está de ahí en más en lo real, y el estatuto del inconsciente, si plantea un problema, es en tanto que se ha constituido a un nivel muy diferente, a un nivel más radical de la emergencia del acto de enunciación.

No hay, en principio, objeción para el pasaje de algo del inconsciente al preconsciente, lo que tiende a manifestarse, cuyo carácter contradictorio Laplanche y Leclaire señalan tan bien. El inconsciente como tal tiene su estatuto como algo que, por posición y por estructura, no podría penetrar en el nivel donde es susceptible de una verbalización preconsciente. Y sin embargo, se nos dice, este inconsciente en todo momento esfuerza, empuja en el sentido de hacerse reconocer. Seguramente, y con razón: es que está en su casa, si podemos decir, en un universo estructurado por el discurso. Aquí, el pasaje del inconsciente hacia el preconsciente no es, podemos decir, sino una suerte de efecto de irradiación normal de lo que da vueltas en la constitución del inconsciente como tal, de lo que, en el inconsciente, mantiene presente el funcionamiento primero y radical de la articulación del sujeto en tanto que sujeto hablante.

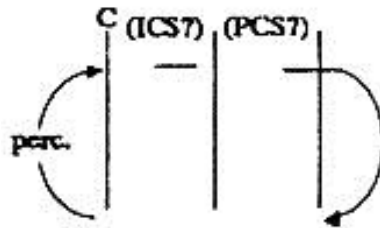
Lo que hay que ver, es que el orden que sería el del inconsciente [al] preconsciente, luego llegaría a la conciencia, no puede aceptarse sin que sea revisado, y podemos decir que en cierta manera, en tanto que debemos admitir lo que es preconsciente como definido como estando en la circulación del mundo, en la circulación real, debemos concebir que lo que ocurre a nivel del preconsciente es algo que tenemos que leer de la misma manera, bajo la misma estructura, que es la que yo trataba de hacerles sentir en ese punto de raíz donde algo viene a aportar al lenguaje lo que podríamos llamar su última sanción: esa lectura del signo.

En el nivel actual de la vida del sujeto constituido, de un sujeto elaborado por una larga historia de cultura, lo que sucede es, para el sujeto, una lectura en el exterior de lo que es ambiente, por el hecho de la presencia del lenguaje en lo real, y en el nivel de la conciencia...

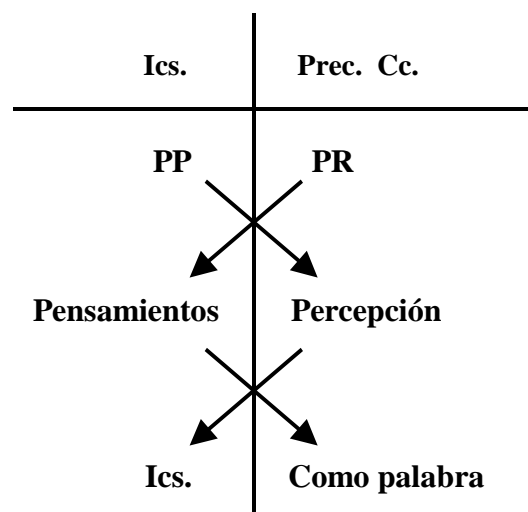
ese nivel que, para Freud, siempre pareció hacer problema: él jamás dejó de indicar que era ciertamente el objeto de una precisión futura, de una articulación más precisa en cuanto a su función económica,

... en el nivel en que nos lo describe al comienzo, en el momento en que se desprende su pensamiento, recordemos cómo nos describe esa capa protectora que él designa con el término ϕ : es ante todo algo que, para él, debe ser comparado con la película de superficie de los órganos sensoriales, es decir esencialmente con algo que filtra, que cierra, que selecciona, que no retiene más que ese índice de cualidad cuya función podemos mostrar que es homóloga con ese índice de realidad que nos permite apenas probar el estado en el que estamos, lo suficiente para estar seguros de que no soñamos, si se trata de algo análogo. Es verdaderamente lo visible lo que vemos. Del mismo modo la conciencia, por relación a lo que constituye el preconsciente y nos produce este mundo estrechamente tejido por nuestros pensamientos, la conciencia es la superficie por donde algo que está en el corazón del sujeto recibe, si podemos decir, desde el exterior, sus propios pensamientos, su propio discurso.

La conciencia está ahí para que el inconsciente, si podemos decir, más bien rechace {*refuse*} lo que le viene del preconsciente, o elija allí de la manera más estrecha aquello de lo que tiene necesidad para sus oficios.



¿Y qué es?



Es precisamente ahí que volvemos a encontrar esa paradoja que es lo que yo llamé *el entrecruzamiento de las funciones sistémicas*,¹⁹ en ese primer nivel, tan esencial de reconocer, de la articulación freudiana: el inconsciente les es representado por él como un flujo, como un mundo, como una cadena de pensamientos. Sin duda, la conciencia también está hecha por la coherencia de las percepciones: el test de la realidad, es la articulación de las percepciones entre sí en un mundo organizado. Inversamente, lo que encontramos en el inconsciente, es esa repetición significativa que nos lleva de algo que se llama los pensamientos, *Gedanken*, muy bien formados dice Freud, a una concatenación de pensamientos que nos escapa a nosotros mismos.

¹⁹ Jacques LACAN, Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, sesión del 25 de Noviembre de 1959. Cf. también: Jacques LACAN, «Reseña con interpolaciones del seminario de la ética», en *Reseñas de enseñanza*, Editorial Hacia el Tercer Encuentro del Campo Freudiano, Buenos Aires, 1984.

Ahora bien, ¿qué es lo que el propio Freud va a decirnos? ¿Qué es lo que busca el sujeto a nivel de uno y otro de los dos sistemas?

Que a nivel del preconscious lo que buscamos sea, hablando con propiedad, la identidad de los pensamientos, es lo que ha sido elaborado por todo ese capítulo de la epistemología a partir de Platón: el esfuerzo de nuestra organización del mundo, el esfuerzo lógico, es, hablando con propiedad, reducir lo diverso a lo idéntico, es identificar pensamiento con pensamiento, proposición con proposición en unas relaciones diversamente articuladas que forman la trama misma de lo que se llama la lógica formal, lo que plantea, para aquél que considere de una manera extremadamente ideal el edificio de la ciencia como pudiendo o debiendo, incluso virtualmente, estar ya acabado, lo que plantea el problema de saber si efectivamente toda ciencia, todo saber, toda aprehensión del mundo de una manera ordenada y articulada, no debe desembocar en una tautología.

Por algo es que ustedes me oyeron evocar en varias ocasiones el problema de la tautología, y de ninguna manera podríamos terminar este año nuestro discurso sin aportar al respecto un juicio definitivo.

El mundo, por lo tanto, ese mundo cuya función de realidad está ligada a la función perceptiva, es de todos modos aquello alrededor de lo cual no progresamos en nuestro saber más que por la vía de la identidad de los pensamientos. Esto no es para nosotros una paradoja, pero lo que es paradójico, es leer en el texto de Freud que lo que busca el inconsciente, lo que quiere, si podemos decir, que lo que es la raíz de su funcionamiento, de su puesta en juego, es la identidad de las percepciones, es decir que esto no tendría literalmente ningún sentido si aquello de lo que se trata no fuera sólo esto: que la relación del inconsciente con lo que busca en su modo propio de retorno, es justamente lo que en *el una vez* percibido es lo idénticamente idéntico, si podemos decir, es lo percibido de *aquella vez*, es esa sortija que pasó al dedo aquella vez con el cuño {*poinçon*} de aquella vez.

Y esto es justamente lo que faltará siempre, es que en toda especie de otra reaparición de lo que responde al significante original, el punto donde está la marca que el sujeto ha recibido de aquello, sea lo que fuere, que está en el origen de lo *Urverdrängt*, faltará siempre, a

lo que fuere que venga a representarlo, esa marca que es la marca única del surgimiento original de un significante original que se presentó una vez en el momento en el que el punto, el algo de lo *Urverdrängt* en cuestión ha pasado a la existencia inconsciente, a la insistencia en este orden interno que es el inconsciente, entre, por una parte, lo que recibe del mundo exterior y donde tiene algunas cosas para ligar, y por el hecho de que, por ligarlas bajo una forma significante, no puede recibirlas más que en su diferencia. Y es precisamente por eso que no puede de ninguna manera ser satisfecho por esta búsqueda como tal de la identidad perceptiva, si es eso mismo lo que lo especifica como inconsciente.

Esto nos da la tríada *consciente-inconsciente-preconsciente* en un orden ligeramente modificado, y de cierta manera que justifica la fórmula que ya una vez traté de darles del inconsciente al decirles que estaba entre percepción y conciencia, como se dice entre cuero y carne.²⁰

Ahí tenemos algo que, una vez que lo hemos planteado, nos indica que nos remitamos a ese punto del que he partido al formular las cosas a partir de la experiencia filosófica de la búsqueda del sujeto tal como existe en Descartes, en tanto que es estrictamente diferente de todo lo que ha podido hacerse en ningún otro momento de la reflexión filosófica, en tanto que es precisamente el sujeto quien él mismo es interrogado, quien busca serlo como tal: el sujeto en tanto que pone en juego toda la verdad a su propósito; que lo que es allí interrogado es, no lo real y la apariencia, la relación de lo que existe y lo que no existe, de lo que permanece y lo que huye, sino saber si uno puede fiarse del Otro, si como tal lo que el sujeto recibe del exterior es un signo confiable.

El *pienso, entonces soy* {*je pense, donc je suis*}, lo he triturado suficientemente ante ustedes como para que puedan ver ahora cómo se plantea aproximadamente su problema. Este *yo pienso* del que hemos dicho que, hablando con propiedad, era un sin-sentido {*non-sens*} — y esto es lo que constituye su valor — no tiene, desde luego, más sentido que el *yo miento*, pero no puede hacer, a partir de su articulación,

²⁰ Jacques LACAN, Seminario 7, *La ética del psicoanálisis*, sesión del 9 de Diciembre de 1959.

más que percatarse él mismo de que *entonces yo soy*, eso no es la consecuencia que se saca de ello, sino que es que no puede hacer más que pensar, a partir del momento en que verdaderamente comienza a pensar.

yo pienso
↓
yo soy

Es decir, que es en tanto que ese *yo pienso* imposible pasa a algo que es del orden del preconsciente, que implica como significado — y no como consecuencia, como determinación ontológica — que implica como significado que este *yo pienso* remite a un *yo soy* que en adelante no es más que la *x* de ese sujeto que nosotros buscamos, a saber, de lo que hay en el punto de partida para que pueda producirse la identificación de este *yo pienso*... Observen que esto continúa, y así sucesivamente: si *yo pienso que yo pienso que yo soy* — ya no estoy para ironizar si yo pienso que no puedo hacer más que ser un *pensêtre* o un *êtrepensant*²¹ — el *yo pienso* que está aquí en el denominador ve muy fácilmente reproducirse la misma duplicidad, a saber que yo no puedo hacer más que darme cuenta de que, pensando que yo pienso, ese *yo pienso*, que está al cabo de mi pensamiento sobre mi pensamiento, es él mismo un *yo pienso* que reproduce el *yo pienso*: “*entonces yo soy*”.

$yo\ soy \leftarrow yo\ pienso$
—————
 $yo\ soy \leftarrow yo\ pienso$
—————
 $yo\ soy \leftarrow yo\ pienso, etc...$

¿Esto es *ad infinitum*? Seguramente no.

Es también uno de los modos más corrientes de los ejercicios filosóficos, cuando se ha comenzado por establecer una fórmula como ésta, aplicar que lo que se ha podido retener de eso como experiencia

²¹ cf. la clase 2 de este Seminario, sesión del 22 de Noviembre de 1961.

efectiva es de alguna manera indefinidamente multiplicable como en un juego de espejos.

Hay un pequeño ejercicio que es aquel al que me entregué en un tiempo: mi pequeño sofisma personal, el del aserto de certidumbre anticipada,²² a propósito del juego de los discos, donde es a partir de situar lo que hacen los otros dos que un sujeto debe deducir la marca *par* o *impar* por la que él mismo está afectado en su propia espalda; es decir, algo muy vecino de aquello de lo que se trata aquí.

Es fácil ver en la articulación de este juego que lejos de que la vacilación... que es, en efecto, completamente posible ver producirse, pues si veo a los otros decidir demasiado pronto, con la misma decisión que yo quiero tomar, a saber, que yo estoy como ellos marcado con un disco del mismo color, si los veo sacar demasiado pronto su conclusión, sacaré de ello justamente la conclusión... en ese caso puedo ver surgir en mí alguna vacilación, a saber que, si ellos vieron tan pronto lo que eran, es que yo mismo soy lo bastante distinto de ellos como para situarme, pues en muy buena lógica ellos deben hacerse la misma reflexión. Nosotros los veremos también oscilar y decirse: “consideremos la cosa con cuidado”. Es decir, que los tres sujetos en cuestión tendrán juntos la misma vacilación, y se demuestra fácilmente que es efectivamente al cabo de tres oscilaciones vacilantes que solamente ellos podrán verdaderamente tener, y tendrán ciertamente y de alguna manera plenamente, figuradas por la escansión de sus vacilaciones, las limitaciones de todas las posibilidades contradictorias.

Hay algo análogo aquí: no es indefinidamente que se pueden incluir todos los *yo pienso*: “*entonces yo soy*” en un *yo pienso*. ¿Dónde

²² Jacques LACAN, «El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma», publicado originalmente en los *Cahiers d'Art*, 1945, y retomado, con muchas correcciones, en la edición de 1966 de los *Écrits*. Cf. *Escritos I*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1975. El apólogo de los tres prisioneros ya había sido retomado por Lacan en el curso de su Seminario 2, *El yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica*, concretamente en la sesión del 15 de Junio de 1955, y es posible que Lacan esté recordando precisamente este Seminario cuando a continuación hable de una “marca *par* o *impar*” allí donde uno esperaría más bien que hablara de discos blancos o negros, puesto que fue en la sesión del 30 de Marzo de dicho Seminario que introdujo el juego del par o impar como parte de su análisis del cuento *La carta robada*, de Poe.

está el límite? Esto es lo que aquí no podemos inmediatamente decir y saber tan fácilmente. Pero la cuestión que yo formulo, o más exactamente la que voy a pedirles seguir... porque desde luego ustedes quizá van a sorprenderse, pero es por lo que sigue que ustedes verán venir aquí a añadirse lo que puede modificar, quiero decir volver operante ulteriormente lo que a primera vista no me pareció más que una suerte de juego, incluso, como se dice, de recreación matemática.²³

Si vemos que algo en la aprehensión cartesiana, que seguramente se termina en su enunciación a niveles diferentes...

puesto que también hay algo que no puede ir más lejos que lo que está aquí inscripto, y es preciso justamente que haga intervenir algo que viene, no de la pura elaboración: “¿sobre qué puedo fundarme?”, “¿qué es lo que es confiable?” — va precisamente a ser llevado como todo el mundo a tratar de arreglárselas con lo que se vive en el exterior — sino en la identificación que es aquella que se hace al trazo unario

... ¿acaso no hay en él bastante para soportar este punto impen-sable e imposible del *yo pienso*, al menos bajo su forma de diferencia radical?

Si es por **1** que lo figuramos, a este *yo pienso*... se los repito, en tanto que no nos interesa más que en tanto que tiene relación con lo que ocurre en el origen de la nominación en tanto que es lo que interesa al nacimiento del sujeto — el sujeto es lo que se nombra —

si nombrar es ante todo algo que tiene que ver con una lectura del trazo **1** que designa la diferencia absoluta, podemos preguntarnos cómo cifrar la suerte de *yo soy* que aquí se constituye, de alguna manera retroactivamente, simplemente por la reprojcción de lo que se constituye como significado del *yo pienso*, a saber, la misma cosa, lo desconocido {*l'inconnu*} {*i*} de lo que está en el origen bajo la forma del sujeto.

Si el *i*, que aquí indico bajo la forma definitiva que voy a dejarle, es algo que aquí se supone en una problemática total, a saber, que es también verdadero que *él no es*, puesto que aquí *él no es* más que al *pensar en pensar*, es sin embargo correlativo indispensable — y esto es precisamente lo que constituye la fuerza del argumento cartesiano

²³ Véase para lo que sigue nuestro **Anexo 2** para esta clase del Seminario.

— de toda aprehensión de un pensamiento desde que éste se encadena, esta vía le es abierta hacia un *cogitatum* de algo que se articula: *cogito ergo sum*.

Les salteo por hoy los pasos intermedios porque ustedes verán en lo que sigue de dónde vienen, y porque después de todo, en el punto al que he llegado, fue preciso que yo pasara por ahí.

Hay algo de lo que diré que es a la vez paradójal, y por qué no decir divertido, pero, se los repito, si esto tiene un interés, es por lo que puede tener de operante. Una fórmula como ésta [fig. 1], en matemáticas, es lo que se llama una serie.

$$i + \frac{1}{i + \frac{1}{i + \frac{1}{i + 1}}}$$

fig. 1

$$1 + \frac{1}{1 + \frac{1}{1 + \frac{1}{1 + 1}}}$$

fig. 2

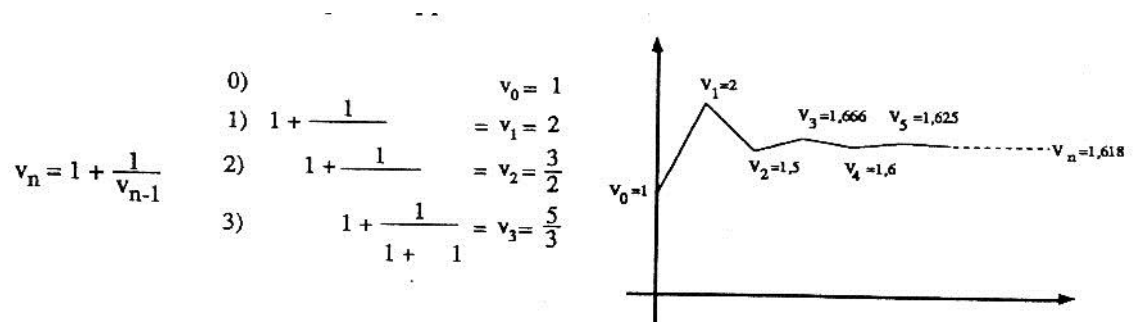
Les ahorro lo que inmediatamente puede, para toda persona que tiene una práctica de las matemáticas, plantearse como cuestión: si es una serie, ¿es una serie convergente? ¿Esto quiere decir qué? Esto quiere decir que si en lugar de tener *i* [*i* minúscula] ustedes tuvieran unos **1** por todas partes [fig. 2], un esfuerzo de puesta en forma les permitiría ver inmediatamente que esta serie es convergente,²⁴ es decir que, si mi recuerdo es bueno, ella es igual a algo como $\frac{1 + \sqrt{5}}{2}$.

Lo importante, es que esto quiere decir que si ustedes efectúan las operaciones de las que se trata...

$$1 + \frac{1}{1} = 2 \qquad 1 + \frac{1}{1+1} = \frac{3}{2} \qquad 1 + \frac{1}{1 + \frac{1}{1+1}} = \frac{5}{3} \qquad 1 + \frac{1}{1 + \frac{1}{1 + \frac{1}{1+1}}} = \frac{8}{5} \quad \dots \text{ etc}$$

²⁴ Una serie es *convergente* cuando la suma de su desarrollo tiende hacia un número determinado.

... ustedes tienen entonces los valores que, si los refieren, tomarán más o menos esta forma, hasta llegar a converger sobre un valor perfectamente constante que se llama un límite.²⁵



Encontrar una fórmula convergente en la fórmula precedente, nos interesaría tanto menos cuanto que eso querría decir que el sujeto es una función que tiende a una perfecta estabilidad. Pero, lo que es interesante...

y es ahí que yo pego un salto, porque para aclarar mi linterna no veo otra manera que comenzar por proyectar la mancha y volver después a la linterna

... tomen *i*, haciéndome confianza, con el valor que tiene exactamente en la teoría de los números donde se lo llama *imaginario* — eso no es una homonimia que, por sí sola, me parezca aquí justificar esta extrapolación metódica, este pequeño momento de salto y de confianza que les pido hacer — este valor imaginario es éste: $\sqrt{-1}$.

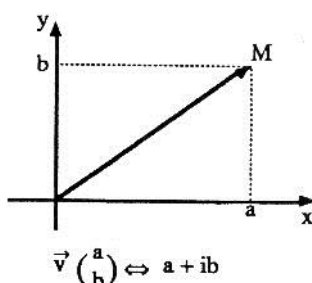
Ustedes saben a pesar de todo bastante aritmética elemental para saber que $\sqrt{-1}$ no es ningún número real. No hay ningún número negativo, /-1/ por ejemplo, que pueda de ninguna manera cumplir la función de ser la raíz de un número cualquiera cuyo factor sería $\sqrt{-1}$. ¿Por qué? Porque para ser la raíz cuadrada de un número negativo, esto quiere decir que elevado al cuadrado, eso da un número negativo, ahora bien, ningún número elevado al cuadrado puede dar un número negativo, puesto que todo número negativo elevado al cuadrado se vuel-

²⁵ En el caso de esta serie convergente el número al que tiende su suma es el número de oro: 1,618...

ve positivo. Es por esto que $\sqrt{-1}$ no es nada más que un algoritmo, pero es un algoritmo que sirve.²⁶

Si ustedes definen como número complejo a todo número compuesto por un número real a al cual está añadido un número imaginario²⁷ — es decir, un número que de ninguna manera puede adicionarse a él, puesto que no es un número real — hecho del producto de $\sqrt{-1}$ con b ,²⁸ si ustedes definen a esto *número complejo*, podrán hacer con este número complejo, y con el mismo éxito, todas las operaciones que pueden hacer con números reales; y cuando se hayan lanzado en esta vía, no habrán tenido solamente la satisfacción de darse cuenta de que eso anda, sino que eso les permitirá hacer algunos descubrimientos, es decir, darse cuenta de que los números así constituidos tienen un valor que les permite especialmente operar de manera puramente numérica con lo que se llama vectores, es decir, con magnitudes que estarán no solamente provistas de un valor diversamente representable por una longitud, sino además que, gracias a los números complejos, ustedes podrán implicar en vuestra connotación, no solamente la mencionada magnitud, sino su dirección, y sobre todo el ángulo que ésta forma con tal otra magnitud, de manera que $\sqrt{-1}$, que no es un número real, se comprueba, desde el punto de vista operatorio, que tiene una potencia singularmente más pasmosa, si puedo decir, que todo aquello de lo que ustedes han dispuesto hasta entonces limitándose a la serie de los números reales. Esto para introducirles lo que es esta *i minúscula*.

²⁶ Al margen del párrafo siguiente, **ROU** proporciona esta muestra del empleo de los números complejos, a los que pasará a referirse, en un gráfico de vectores:



²⁷ Al margen, **ROU** escribe: $a + ib$

²⁸ Al margen, **ROU** escribe: $i \cdot b = \sqrt{-1} \cdot b$

Y entonces, si se supone que lo que buscamos aquí connotar de una manera numérica, es algo sobre lo cual podemos operar dándole este valor convencional $\sqrt{-1}$,...

¿qué quiere decir esto, *convencional*? que, así como nos hemos aplicado a elaborar la función de la unidad como función de la diferencia radical en la determinación de ese centro ideal del sujeto que se llama ideal del yo, del mismo modo en lo que sigue, y por una buena razón, es que lo identificaremos a lo que hasta aquí hemos introducido en nuestra connotación personal como φ {phi minúscula}, es decir, la función imaginaria del fallo.²⁹

... vamos a dedicarnos a extraer de esta connotación $\sqrt{-1}$ todo lo que puede servirnos de una manera operatoria.

Pero mientras tanto, la utilidad de su introducción a este nivel se ilustra en lo siguiente: que si ustedes buscan lo que ella hace, esta función $\sqrt{-1}$ más uno sobre $\sqrt{-1}$, etc...

en otros términos, es $\sqrt{-1}$ la que está ahí por todas partes donde ustedes han visto *i minúscula*

$$\sqrt{-1} + \frac{1}{\sqrt{-1} + \frac{1}{\sqrt{-1} + \frac{1}{\dots \text{etc}}}}$$

... ven aparecer una función que no es una función convergente, que es una función periódica,³⁰ que es fácilmente calculable: es un valor que se renueva, si podemos decir, cada tres tiempos en la serie.

La serie se define así:

²⁹ Al margen, **ROU** proporciona cómo figura esto en una de las fuentes:

$$i = \varphi = \sqrt{-1}$$

³⁰ Una función se llama *periódica* cuando la suma de su resultado hace aparecer el mismo valor en determinados momentos regulares del desarrollo de la serie.

$i + 1$: primer término de la serie

$i + \frac{1}{i + 1}$: segundo término de la serie, y

$i + \frac{1}{i + \frac{1}{i + 1}}$: tercer término.

Ustedes volverán a encontrar periódicamente, es decir cada tres veces en la serie, este mismo valor... estos mismos tres valores que voy a darles: El primero es

$$i + 1$$

es decir, el punto de enigma donde estamos para preguntarnos qué valor podremos precisamente dar a i para connotar al sujeto en tanto que el sujeto antes de toda nominación. Problema que nos interesa.

El segundo valor que ustedes encontrarán, a saber

$$i + \frac{1}{i + 1},$$

es estrictamente igual a

$$\frac{i + 1}{2},$$

y esto es bastante interesante, pues la primera cosa que encontraremos es lo siguiente, es que la relación esencial de algo que nosotros buscamos como siendo el sujeto antes que se nombre con el uso que puede hacer de su nombre muy simplemente por ser el significante de lo que hay que significar — es decir de la cuestión del significado justamente de esta adición de él mismo a su propio nombre — es inmediatamente *splitter*, dividir en dos, hacer que no quede más que una mitad de, literalmente

$$\frac{i+1}{2},$$

de lo que había en presencia.

Como ustedes pueden verlo, mis palabras no están preparadas, pero a pesar de todo están muy calculadas, y estas cosas son de todos modos el fruto de una elaboración que he vuelto a hacer por un montazo de puertas de entrada asegurándome por medio de cierto número de controles, teniendo para lo que sigue cierto número de guías en los caminos que van a seguir.

El tercer valor, es decir, cuando ustedes detienen ahí el término de la serie, será **1**, muy simplemente, lo que por muchos aspectos puede tener para nosotros el valor de una suerte de confirmación de cierre en forma de bucle. Quiero decir que hay que saber que si es en el tercer tiempo...

— cosa curiosa, tiempo hacia el cual ninguna meditación filosófica nos ha llevado especialmente a detenernos — es decir, en el tiempo del *yo pienso* en tanto que es él mismo objeto de pensamiento y que se toma como objeto,

... si es en ese momento que parecemos llegar a alcanzar esta famosa unidad, cuyo carácter satisfactorio para definir lo que sea seguramente no es dudoso, pero de la que podemos preguntarnos si se trata precisamente de la misma unidad que aquella de la que se trataba en el punto de partida, a saber en la identificación primordial y desencadenante, por lo menos, es preciso que por hoy yo deje abierta esta cuestión.

establecimiento del texto,
traducción y notas:
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE

para circulación interna
de la
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES

FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 7ª SESIÓN DEL SEMINARIO

- **JL** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra reproducida en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, falta de dibujos, sobreenotada, etc.).
- **JL2** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962. Aparentemente se trata del mismo texto-fuente que el anterior, pero vuelto a dactilografiar, casi sin notas manuscritas en los márgenes, y posiblemente corregido, probablemente por M. Chollet. Fuente fotocopiada que está en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-180/1 y CG-180/2.
- **ROU** — Jacques LACAN, *L'identification*, dit “Séminaire IX”, Prononcée à Ste. Anne en 1961-1962, Paris, Juin 1993. Por razones de índole legal, los autores de las transcripciones no se identifican a sí mismos. No obstante, esta versión se atribuye con suficientes razones a Michel Roussan, quien efectuó un notable trabajo de transcripción y aparato crítico a partir de varios textos-fuente, entre ellos dos versiones dactilográficas, dos versiones de M. Chollet, de épocas diferentes, y notas de asistentes al Seminario, como Claude Conté, Jean Laplanche, Paul Lemoine, Jean Oury e Irène Roubleff.
- **AFI** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **GAO** — Jacques LACAN, IX – *L'identification*, Version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogo.free.fr/Seminaire.htm>
- **STF** — Jacques LACAN, *L'identification*, 1961-1962. Versión establecida a partir de la versiones **GAO**, **JL** y **ROU**. Añade algunas referencias bibliográficas y mejora la presentación de algunos esquemas. Se la encuentra en el sitio <http://staferla.free.fr/>